

El espejo de agua de la entrada funciona como un camino hacia el mar.

# TRES DÍAS EN EL PARAÍSO

No es un "rinconcito romántico" ni un exótico resort en Los Cabos. Las Ventanas al Paraíso estrena un refugio de 8,500 metros cuadrados: la Mansión Ty Warner. 7.5 millones de azulejos colocados a mano son la base de todo lo que ahí sucede. POR PATRICIA VASCONCELOS  
FOTOGRAFÍAS POR JOSÉ LUIS CASTILLO





## MI PRIMER RECUERDO

fueron aquellas mañanas en Disneylandia, en las que no sabía hacia dónde correr primero, subir a los juegos, o comprar dulces o juguetes... Cruzar una reja de hierro forjado hecha a mano, después, un jardín central de 360 grados –uno de los más grandes del mundo–; se abre una puerta de madera, también tallada a mano, para dar paso a una de las más espectaculares vistas que he presenciado y que este país debe gritar al mundo entero. Un espejo de agua, como un camino hacia el mar, y aparecen Aldo, el villa *host*, y Roberto, el gerente de la Mansión –sí, cuenta con un staff de siete personas, independientemente de aquellos que atienden al resto del hotel, que son más de 500–, con dos copas de *champagne* –después supe que, previamente, se dieron a la tarea de investigar mis gustos y “sueños” para cumplir cada uno, cada minuto, de los tres días. Cabe mencionar

que, al bajar de la camioneta que nos llevó del aeropuerto al hotel, nos recibieron con dos cocteles de tequila, que es la especialidad de la casa.

La alberca de 100 metros de largo, rodea las dos habitaciones con tapetes y cojines confeccionados en Chiapas, una sala de tequila con un carrito de bebidas listo para servir cualquiera de sus clases de tequila, sal de gusano de tres distintos tipos –disponibles en la tienda del hotel– y sangrita roja y verde (receta en [lifeandstyle.la/hotel-awards](http://lifeandstyle.la/hotel-awards) y [TravelandLeisureMexico](http://TravelandLeisureMexico)); un comedor interior, el Silver Room, con una mesa hecha a mano por Cecilia Hernández de San Miguel de Allende; uno exterior, donde cuelga la joya de la corona: un candil del artesano mexicano Ernesto Cruz; una sala interior decorada por accesorios marroquíes, indios y mexicanos, igual que la sala de cine con una pantalla de 122 pulgadas, donde no pudimos resistir la tentación de jugar en las tres máquinas de ping ball y la mesa de ajedrez, con piezas de madera –que nada tiene que ver con el ajedrez tamaño “humano” que decora



Un jardín de 360 grados da una romántica bienvenida.



Vista de la alberca del rooftop desde el baño de la habitación.

el jardín, a un lado del columpio. ¡Ah! para aquellos que no pueden dejar un día el ejercicio, el gimnasio de la Mansión está perfectamente equipado y cuenta con vapor y sauna.

Una cocina industrial tipo hacienda (la cocina de mis sueños... y de los de cualquiera), comandada por el chef Víctor Valencia, fue nuestra primera parada –algo tenemos los seres humanos que, estemos donde estemos, la cocina nos llama a “estar”–. No quisiera ni recordar lo que ahí se sirvió porque podría morir de antojo: tres distintos

tipos de ceviche del Pacífico, cecina y salsas pico de gallo, guacamole, y una más de habanero y tortilla tatemada, cuyo recuerdo no me dejará descansar hasta que aprenda a hacerla; claro, no podía faltar una cerveza en medio de aquellos 35 grados.

¿Y si tomamos el digestivo en el rooftop? Subimos por un elevador estilo marroquí, también tallado a mano; para encontrar un jacuzzi completamente transparente, un minigolf, una terraza con dos camas de masajes (los trata-



mientos se solicitan al *spa* del hotel), una alberca con piso transparente que funciona como techo del baño de una de las habitaciones... y lo mejor, una terraza con vista al mar de Cortés, con una cama matrimonial y dos individuales para dormir bajo las estrellas o tomar el sol.

La chimenea que funciona como fogata en medio de una banca circular, al lado de la barra, sirvió para beber un

vino tinto acompañado de quesos franceses, españoles y mexicanos, antes de la cena.

Una cena alrededor del árbol de corazones de vidrio soplado –símbolo del hotel–... y una vista compuesta por una palmera y la luna reflejada en el mar. ¿Se puede pedir más para una noche romántica? Lástima que ésta era una entre amigos, pero prometo volver...

El interiorismo consta de textiles y accesorios marroquíes, indios y mexicanos.



NO HABÍA NADA MÁS EN QUÉ PENSAR...  
Y ASÍ TRANSCURRIÓ UN DÍA... Y OTRO... Y OTRO MÁS...



Una catrina de más de un metro es testigo de lo que ocurre en la Sala de Tequila.

### ¿UN TEQUILA CON VISTA AL ATARDECER?

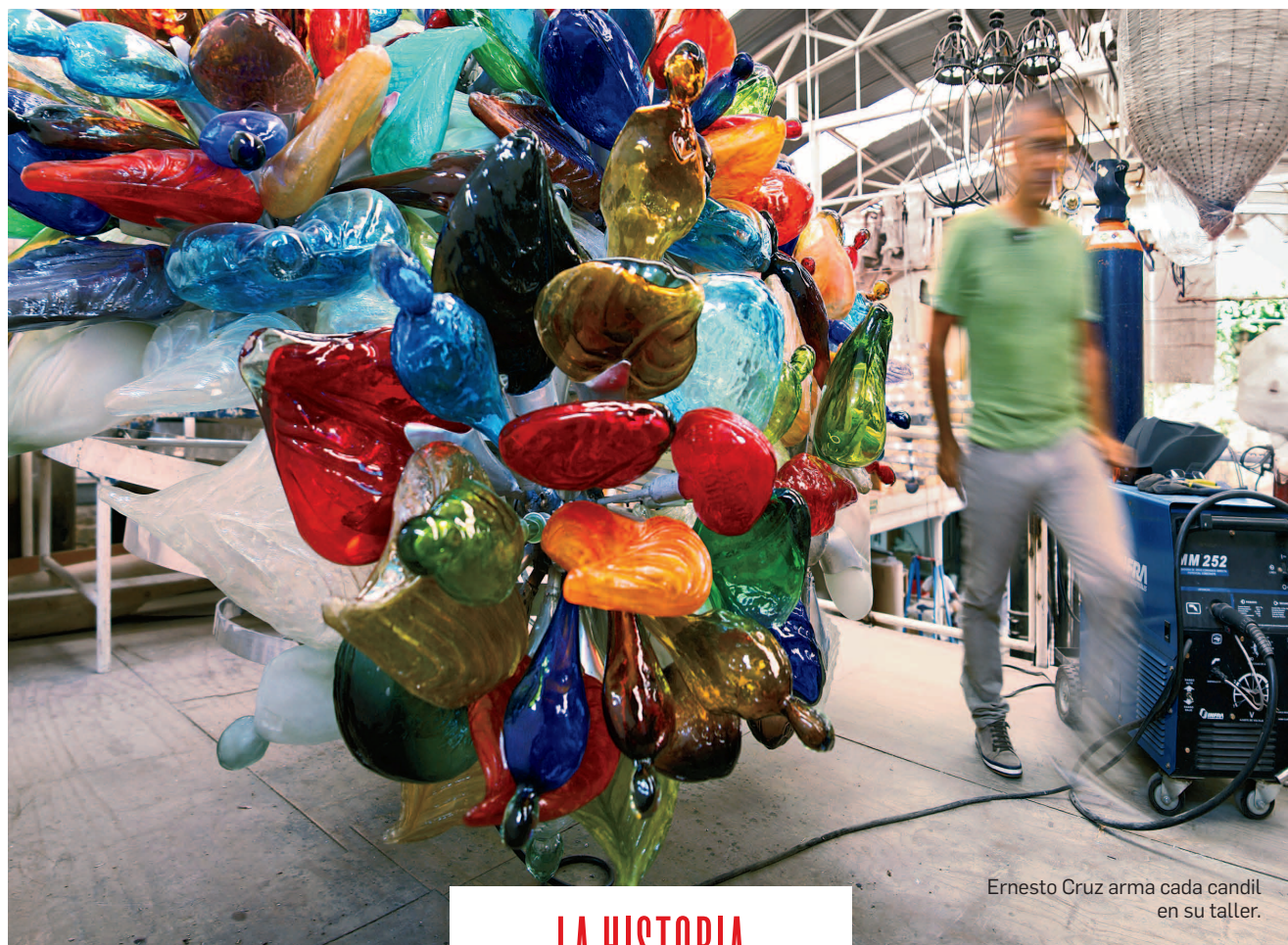
Ver el mar al despertar, al bañarse y al vestirse es un buen previo del desayuno en la terraza al aire libre, con pan recién hecho, mermeladas artesanales y distintos tipos de miel mezclada con fruta. Víctor, Aldo y Roberto están listos para servir yogur con miel y granola, fruta y unos huevos a la mexicana servidos con esa maravillosa salsa tatemada.

Tomar el sol aquí no es cualquier cosa. Este staff cubre el servicio de la Mansión 24x7, así que un guacamole delicioso acompañará el mediodía, con una copa de tequila Clase Azul (hay una botella de cortesía en todas y cada una de las habitaciones del hotel) y las tres clases de sal de

gusano, y sangrita verde y roja. ¿Vino? Todo el que quieras, pero hay que guardarse para la *pool party* de media tarde.

Y ahí estaban otra vez, Aldo, Roberto y Víctor, acompañados por Lupito, Benjamín, Cecilia y Noé para ayudarnos a prepararlo todo. Canapés de mar y de tierra preparados por Víctor Valencia, y *champagne*, cocteles, vinos, mezcal y tequila acompañaron la tarde entre amigos, hasta que los quesos volvieron a llegar en la puesta de sol... no había nada más en qué pensar... y así corrió un día más... y otro... No cabe duda, realmente estuvimos en el paraíso.





Ernesto Cruz arma cada candil en su taller.

## LA HISTORIA DETRÁS DE LOS CORAZONES

POR ALAN AMPER

“LA PIEZA ES LO QUE LE DA SENTIDO  
AL LUGAR. LA GENTE DISFRUTA  
EL HOTEL, DISFRUTA LAS COSAS...”

ERNESTO CRUZ.

La historia de esta historia me obliga a escribir que todo comienza una mañana. Las calles de Tlaquepaque aún están vacías, el airecillo es frío y el sol apenas comienza a asomarse en el horizonte. En un mundo que parece alterno, el artesano, solo en su taller, mueve piezas y hace dibujos, regresa, conecta un par de vidrios, sube las escaleras, toma un par de moldes, corazones de resina, baja de nuevo, otros apuntes, arriba, letras, abajo, un par de tubos de metal...

“Pasen, bienvenidos al taller”, dice Ernesto Cruz, artesano responsable de un par de candelabros que decorarán el interior de dos palapas en una villa privada de Las Ventanas al Paraíso, mientras abría el portón. De primera impresión, el lugar quita el aliento: estructuras inmensas, cera aquí y allá, tubos, metal, planos, escaleras, madera, reglas, hornos, más tubos, infinitos moldes. Parecen trabajos imposibles, eternos...

Nos llevó a Frédéric Vidal, Resort Manager, y a mí, entre distintas piezas y partes de todo hasta el segundo piso, “este es el candelabro, el otro está allá colgando”. Tenemos la mirada perdida entre figuras de resina y vidrio gigantes, llenos de color. La estructura parece no tener forma. Uno camina alrededor intentando descubrir una pista, otro se agacha...

“En el diseño hay elementos visuales que marcan mucho a los diseñadores, en este taller son la escritura, los corazones y el ser humano. Hay una mezcla y esos tres elementos siguen dando vueltas en todos los trabajos”, dice Ernesto.

Momentos, texturas, colores, formas. En México el mundo de posibilidades

es infinito y ahí está el detalle, cada artista encuentra otra manera de aprovecharlo. “No es una virtud personal, es una virtud del medio que nos rodea, siempre he dicho a la gente que México, si algo tiene rico, es esa parte de



El candil alumbró y colorea una de las palapas de la mansión.





Los corazones son figuras emblemáticas de Ernesto Cruz.

los materiales. Todavía se encuentran maderas divinas, coloridos, pigmentos, textiles, resinas, vidrios, metales”, dice Ernesto. “La artesanía mexicana es muy rica y mucho de nuestro trabajo es darle identidad, pero hacerlo muy personal y evolucionar”. Frédéric Vidal, Resort Manager de Las Ventanas al Paraíso, caminando alrededor del candelabro agrega: “En México, todo es posible. En términos de locura, de creatividad, sólo en México y Bali se pueden lograr cosas tan increíbles”.

↓  
**The Details**  
 Hotel Las Ventanas al Paraíso página 62.

No se parece a absolutamente nada. Del candelabro se sostiene un sinfín de corazones, figuras humanas, hojas de árboles y letras, muchas letras. “Hice un viaje muy largo por el norte de África, Medio Oriente, Europa, y de alguna manera me puse a escribir. Durante el año sabático escribí y escribí, conocí a Carmen, mi esposa, en París y me veía escribir y escribir. En uno de los viajes que hicimos a Oaxaca, salió la idea de plasmar escritura en cerámica”, recuerda Ernesto. Carmen es cómplice del artesano y complementó: “La idea era intelectualizar el trabajo. Al principio no pensamos en los textos de Ernesto porque

era algo improvisado, yo le traducía canciones de Léo Ferré y él iba escribiendo. Después pensamos en plasmar todo lo que él ha escrito y resultó muy bien”. Poco a poco nos explicó cómo funcionaría colgado en la palapa.

“El candil, básicamente, tiene tres elementos: hojas, corazones y seres humanos. Se crea a partir de unas flores gigantes con un fondo blanco compuesto de hojas también, el centro multicolor con corazones, hojas y seres humanos de vidrio”, afirma Ernesto. “Las figuras humanas representan andar día a día, vivir, a donde vayas siempre ves gente, convives con gente, platicas... siempre está presente. Para mí, el ser humano es un estribillo, es un bastón, varío las formas de representación”.

Son muchas sensaciones. Tantos materiales por todos lados, colores, formas y texturas aquí y allá producen ansiedad por ver el candelabro terminado. La historia de Ernesto llega al atardecer, después de infinitos esbozos, cálculos, subir, mirar, contemplar, bajar, soldar, cambiar, volver a subir... Son meses de trabajo para llegar al final. Mientras, afuera del taller en Tlaquepaque, en otro mundo, todo continúa igual. ➔